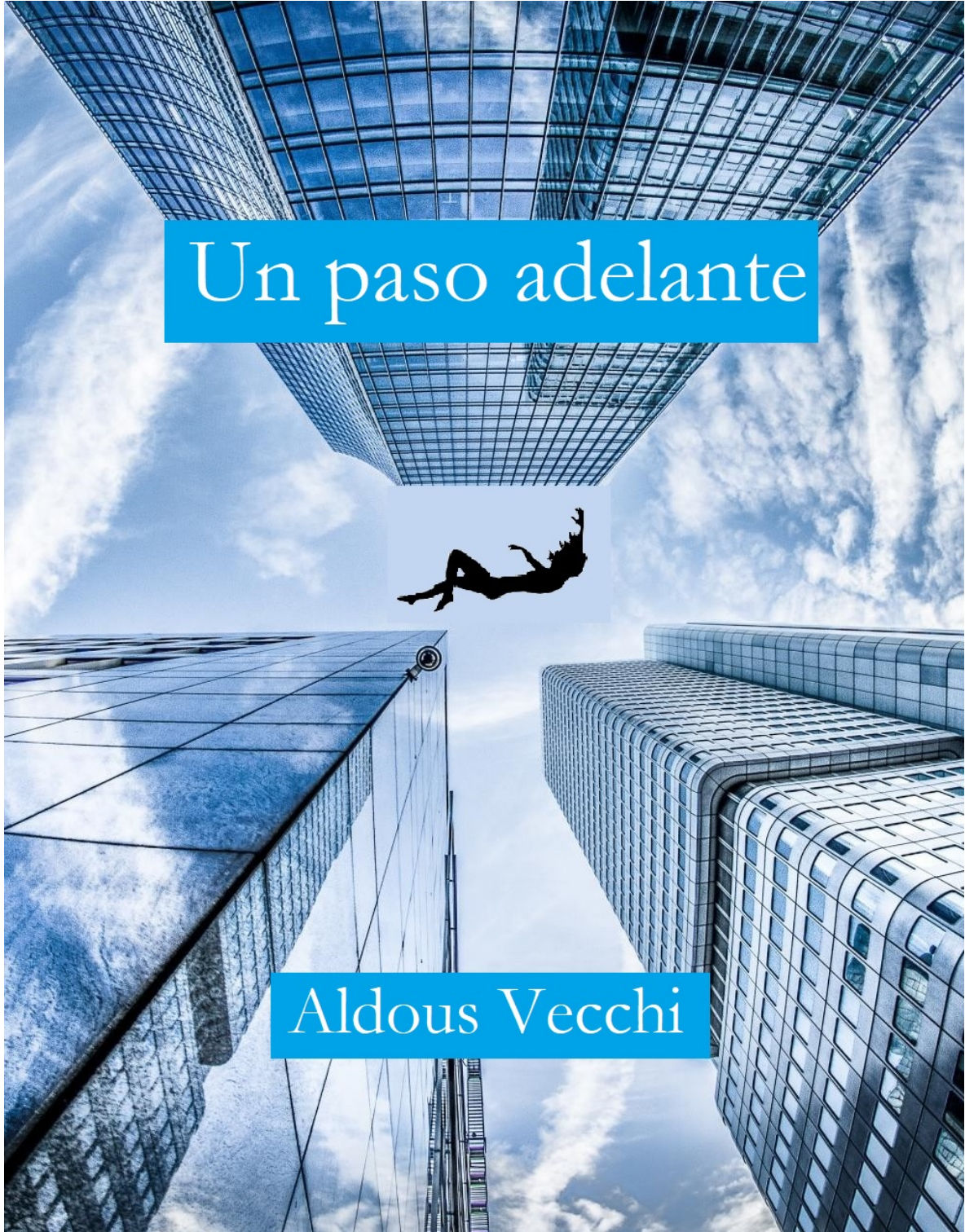


Un paso adelante

Aldous Vecchi



Capítulo 1

Mientras los bocinazos disonantes atiborraban las calles a la hora del taco, y el sol otoñal se despedía silencioso tras los edificios acomodados del "Sanhattan", barrio empresarial en el sector alto de la ciudad, un aire frío con aroma a ocaso ascendía sosteniendo apenas su cuerpo contra el ventanal en el piso 23 de la oficina parlamentaria. Con solo un pie en la cornisa y casi deseando que llegase el definitivo frío, en su cabeza oía aquella melodía entonada como un desafío:

... voy,

como siempre como antes,

dando pasos de gigante,

solo miro hacia adelante,

por si llega el frío...

¿Por qué no puedo hacerlo? – resonaba también en su cabeza-. Mil palabras no serán suficientes para justificarlo y lo sabes -le recriminaba una voz de mujer-. Solo un paso hacia adelante y ya. Vamos, hazlo de una vez, no seas timorata.

"Dando pasos de gigante, solo uno hacia adelante". Solo uno bastaría. Pero esta pierna no me deja. No puedo moverla. Aunque el aire no está tan helado para congelarme de este modo. ¿Será que el hielo viene de adentro? "Tú y tus inseguridades" Cállate. No necesito tu opinión. No está siendo como lo imaginé; la sensación de estar suspendida flotando como un águila en una corriente de aire cordillerano. No, no lo está siendo. Ahora que mi rostro se enfría lentamente con este viento ascendente, me siento más la presa atrapada entre sus garras camino al nido en las altas cumbres. La carroña para sus crías. Carroña. Carne descompuesta como todo en mi vida. "¿De nuevo haciéndote la víctima?" Tú nunca podrás entenderlo. Me ha costado un mundo reconocer el desastre que soy. Condenada a permanecer atrapada en un cuerpo larvario sin poder desplegar mis soñadas alas. A ser una crisálida eterna, porque mi imago materno no permitió que alcanzara mi propio imago. Soy el resultado de una transformación trunca hacia un insecto adulto, que ha quedado atrapada en esta dualidad de engendro inacabado. "¿Me culpas de tus frustraciones?" ¿Y a quién más? Si para ti ningún esfuerzo era suficiente. Ser la mejor alumna, la primera en deporte, la mejor de la clase, y en retribución un: con tu deber nada más cumples. Como una imbécil intentando complacerte me fui hundiendo en mi propia mierda. "No seas

tan dura contigo misma". Claro, y tú si puedes serlo conmigo, ¿no? Ya no recuerdo la última vez que me abrazaste con afecto. He olvidado cuando besaste mi frente por última vez arropándome al dormir; ni siquiera recuerdo si alguna vez lo hiciste. Pero él lo hacía. Dura y fría como hielo también con él. "No mezcles las cosas". Eres así y así nos has tratado. Honrosamente consistente, dirás con tu clásico sarcasmo. "Solo un paso de gigante, ya no miro hacia adelante". Una reina de cristal, que se fractura de solo tocarla, protegida en su jaula de cristal. Como estos edificios vidriados que no logran alcanzar el cielo, a ti nadie puede alcanzarte. Todos fuera, lejos de tu luz ¡De tu brillantez! Solo para que te sirvan los dejás entrar en tu círculo de simulado afecto. Das y quitas manejándolos a tu antojo. "Yo siempre les he dado todo". ¡Todo menos amor, madre! Lo único que realmente necesitábamos. A él lo transmutaste en el debilucho indeciso que por cansancio le fue acomodando ser. Manipulado, sin saber si ir o venir. Rogando por tu afecto y aceptando al final una muerte que él mismo se apresuró en encontrar. "¿Me culparás también por el hecho de que él se ahorcara?" "Ya no miro hacia adelante, ya casi llega el frío". No fue justo que a mis 7 años le viera balancearse de aquella cuerda tensada en su cuello, como la única respuesta a la ecuación de sus conflictos vitales. Él tampoco pudo ser quien quería ser. "¿Ser el hombre que comenzó a vestir de tacones?" Tampoco a él supiste comprenderlo. Nunca empatizaste con lo que quería y menos con lo que necesitaba. "Pero tú sabes que socialmente..." ¡Claro, socialmente! No se diga más. Es lo único que te interesa. Tu carrera política. Las apariencias y lo que tu clase social pueda pensar de ti. "Pensar de nosotros". De nosotros ¡Sí! De ese nosotros que cuando te conviene insistes en priorizar y que como siempre me tiene parada a medias, tomando opciones que nadie más tomaría. "Solo uno hacia adelante, solo uno hacia el vacío, hacia el eterno frío". Reconoce de una buena vez que para ti el nosotros es solo una palabra: sin empatía alguna, vacía de afectos. ¡Oh! Como lo extraño. El sí me comprendía. "Él era un pusilánime" ¡No lo era! Lo dices porque tu querías que lo fuera. Sumiso a tus caprichos. Por lo demás era mi padre y me amaba. Nada más eso necesitaba yo que fuera. Él sabía escucharme, comprenderme, acogermelo. Lo extraño tanto. Dios, ¡cómo te odio! Quiero de una buena vez sacarte de mi vida y no puedo. "Porque necesitas odiarme para no odiarte a ti misma" ¡Ya cállate! ¡No te soporto! Cuanto hice por gustarte. Ocultando siempre lo que pudiera desagradarte. Como lo de aquella compañera de la primaria, que con sus tristes ojos de miel clamaban por protección, y que supo corresponderme con sus labios tímidos. Que lejano parece ahora aquel primer beso. Un nudo se instaló en mi garganta (...) quisiera que el mundo enmudeciera para poder llorar en silencio (...) dame el silencio madre... "Ni el silencio ni mil palabras podrán justificarte y lo sabes". No, madre. Ya no más. Ya no necesito justificarme contigo ni con nadie... "voy, como siempre, como antes, dando un paso hacia adelante..."

La insistente canción se escuchaba ahora en sordina asociada al sonido del viento de alturas, silenciando cualquier otra palabra que pudiese oír en su

mente. Daba por fin ese paso adelante, ese paso final tan sentido como necesario. Avanzó al vacío inclinándose en posición horizontal, y en el instante preciso en que debía comenzar a caer, le extrañó sentir su cuerpo suspendido en el aire. Sintió que algo la sostenía desde su espalda de una manera tan sólida y confiable que por unos segundos se dejó estar. Miró al frente y vio la vista habitual que durante años había contemplado desde la oficina senatorial de su madre. Volvió entonces su vista atrás y sin sorpresa pudo constatar lo que por años estuvo esperando. Desde el dorso de su cuerpo se desplegaban dos grandes alas multicolores que colgaban de las ráfagas de aire provenientes del faldeo cordillerano. Ese mismo aire que minutos antes la congelaba, ahora la estaba elevando sobre el mundo. Su propia esperada transformación le hacía percibir ahora el mundo de otra manera...

Entonces sintió unos labios tibios que se posaban en su frente, una mano que suavemente desplazaba el cabello de su rostro y escuchó una voz conocida que a su oído susurraba: "Hola mi princesa mágica. Aquí estoy, como siempre a tu lado". Mientras sus parpados se abrían, una sonrisa se dibujó en su rostro, y de su boca las palabras brotaron con naturalidad, como de una vertiente. Hay algo que quiero contarte -comenzó diciendo-